

---

---

# EL MAESTRO

PERIÓDICO SEMANAL

DE

**INSTRUCCION Y EDUCACION**

DIRECTOR

**Dr. JUAN ALVAREZ**

GERENTE

**J. M. GARCIA**

---

---

**SUMARIO**

SECCION DOCTRINARIA: Perfiles escolares — Imaginacion, por B. Perez, traducido por José A. Fontela — Nuestras hijas ó hijos, por Marguerin — El Padre Girard y la enseñanza de la lengua materna: Memoria premiada en el concurso de la caja de las escuelas de la 7ª seccion. — VARIEDADES: Carta á 24, por Francisco Vazquez Cores. — SECCION NOTICIOSA: Holanda — Japon.

---

---

**SECCION DOCTRINARIA**

---

**Perfiles escolares**

Una de las cuestiones más difíciles de resolver y que más afectan á la marcha regular de las escuelas es precisamente la que sirve de tema á la conferencia que hoy tiene lugar: nos referimos á la distribucion del tiempo, ó sean los Horarios.

Es indudable que éste no puede ser el mismo en las Escuelas de varones que en las de niñas; que tiene que variar segun el grado de la escuela; que tiene que ser diferente en las escuelas urbanas y rurales, y aún distinto en estas últimas, segun la condicion especial de cada Departamento. De modo que es imposible establecer horarios generales para todas las escuelas, aunque á estas las supongamos clasificadas por grados.

Sentado esto, lo que conviene dilucidar es, cuál es el medio más acertado para dar solucion á este asunto por parte de las autoridades escolares. A nuestro entender, la Autoridad Superior debería solo dar las bases generales del Horario, estableciendo el número de horas



semanales que deben dedicarse al estudio de cada materia y dejando que cada Inspector en su respectivo Departamento formule bajo estas bases, el horario que crea más conveniente y más en armonía con las necesidades y modo de ser de su respectivo Departamento.

Otros creen que sería tal vez de mejores resultados el que la distribución del tiempo se dejase al arbitrio completo del maestro, procedimiento que á nuestro entender presentaría el grave inconveniente de quebrar por completo la falta de uniformidad que debe existir en todos los establecimientos públicos de enseñanza.

Lo indudable es que, atendido el número y desarrollo de las materias que constituyen hoy el programa de nuestras escuelas públicas, la cuestión es de difícil solución.

Esperamos conocer los trabajos y opiniones que se viertan en la discusión que hoy tendrá lugar, para ocuparnos de este asunto con la extensión que su importancia requiere.

El 18 de Julio próximo, aniversario de la jura de la Constitución de la República, tendrá lugar la distribución de las medallas á los alumnos de las Escuelas públicas premiados en los exámenes del año de 1880.

A la verdad, no ha podido ménos de llamarnos la atención la forma y fondo del anuncio publicado en los diarios de la capital por la Autoridad Escolar Departamental. Las autoridades superiores hacen toda prescindencia completa de este solemne é importante acto, puesto que, según los términos del aviso oficial, la distribución de las medallas se verificará separadamente en el local de las respectivas escuelas, quedando á cargo del maestro el invitar á los miembros de las Comisiones examinadoras y al público en general.

Ya no presenciaremos aquellas solemnes y conmovedoras distribuciones de premios que tuvieron lugar en años anteriores y á las cuales se veía concurrir con espontaneidad y entusiasmo todo cuanto de notable encerraba Montevideo; ya se acabaron esas fiestas que tanto contribuían con su publicidad á estimular á la niñez estudiosa y á dar satisfacción al interés de los padres por el adelanto de sus hijos. Hoy se verificará ese acto, estamos seguros, en medio del silencio y de la soledad de unos, del frío indiferentismo de otros, y como complemento sarcástico de todo esto, con los plácemes del *bando negro* que tanto anatematizó á toda nuestra sociedad que concurría con su presencia y sus aplausos á dar mayor esplendor á esas fiestas de la niñez. En presencia del nuevo procedimiento de distribución que se establece, dirán, y con razón: *nuestras ideas triunfan, la reacción se hace.*

Sabemos que está próxima á terminarse la impresión de la Memoria que el señor Inspector Nacional de I. Primaria ha presentado á la Dirección General del ramo, correspondiente al año último.

Hemos tenido ocasión de leer algunos Capítulos, cuya lectura nos induce á creer que en su conjunto es un trabajo notable y que llamará indudablemente la atención no solo en la República sino también en los países del exterior y que más se preocupan de la educación.

El estudio comparativo que se hace del estado de la enseñanza en



la República con la de todos los países Europeos y Americanos, es lo más completo que hemos visto y supone condiciones de inteligencia y penosa laboriosidad en el autor de esa Memoria.

No nos es dado por hoy entrar en mayores detalles á su respecto, prometiendo sin embargo ocuparnos de ese trabajo tan pronto como sea dado á la publicidad.

---

Señor Director de *El Maestro*.

Muy señor mio:

Adjunto á Vd. un pequeño trabajo, de mucho mérito en mi concepto, que valdrá infinitamente mas que cualquiera otro original procedente de mi pluma.

No habiendo podido consagrarle todo el tiempo necesario, la traduccion es bastante mala; pero me propongo en lo que falta ser más pródigo de mi tiempo, y los lectores de *El Maestro* no perderán, estoy seguro, el suyo leyendo las bellisimas y profundas observaciones del autor á quien tengo que pedir mil perdones por mi mala traduccion.

Saluda á Vd. S. S.

JOSÉ A. FONTELA.

### Imaginacion

POR B. PEREZ

La imaginacion representativa ó reproductiva, ó la vuelta de impresiones vivas, de imágenes, de formas, de sonidos, de colores, de los objetos, de las personas, de los lugares, que nos han afectado vivamente, se ejerce desde los primeros años de la vida. El niño, apenas de un mes, que conoce el seno de la madre á pequeña distancia, muestra por el deseo vivo que tiene que esta vista le impresiona y que esta imagen se halla profundamente grabada en su memoria. El niño de tres meses, que se vuelve bruscamente al oír el canto de un pájaro ú oyendo pronunciar la palabra *ko-ko*, y busca con la vista la jaula, se ha formado un imagen muy viva de esta y del pájaro.

Cuando un poco antes viendo poner el manto á su nodriza ó ajitar la sombrilla á su mamá, se muestra alegre, y se figura el paseo al aire libre, tambien pone en obra su imaginacion. Tambien cuando á siete ú ocho meses se le ha engañado dándole un pedazo de pan en lugar de una golosina, y, reconociendo la supercheria, lo arroja con cólera, es necesario que la imagen de la golosina esté muy claramente pintada en su mente. En fin, cuando comienza á balbucear la palabra *papá* á la visita de un hombre cualquiera, es necesario que los caracteres generales que constituyen para él el *papá*, estén claramente impresos en su imaginacion.



Los temores vagos y profundos que se manifiestan en los niños y en los animales jóvenes, son, en unos y otros, indicios ciertos del trabajo de la imaginación ¿Podríamos explicarnos de otra manera que como un efecto de esta poderosa facultad, los sueños del niño, esos estremecimientos súbitos, esos gritos, esos sollozos, esas sonrisas, esos movimientos para tomar ó rechazar violentamente objetos, que se observan en los niños de tres meses durante el sueño, y que se asemejan á los que el temor, el dolor, el hambre, el deseo, el placer, le hacen producir con mayor energía en estado de vigilia? Se puede suponer que esos recuerdos de objetos, ya puestos en relación con el niño, le vienen también durante el sueño, pero como motivos de reconocimientos, de analogías, de sentimientos diversos, mas bien que como imágenes vivamente desprendidas de su espíritu.

Las preocupaciones absorbentes de sus cortos momentos de vigilia no dejan á los niños ni tanto tiempo, ni tanto ocio como á los adultos para imaginar recuerdos y soñar despiertos. Así un niño de dos meses y medio, tenido en brazos por su padre durante algunos minutos, tendió bruscamente y con alegría visible los brazos á su madre que avanzaba hácia él. Las numerosas impresiones de que su padre habia tenido cuidado de ocuparle durante la ausencia de la madre no le habian quitado la facilidad de pensar en esta é imaginársela cerca de sí. Felizmente para la tranquilidad del espíritu del niño y para su delicada salud, se ve raramente abandonado á sí mismo durante el estado de vigilia.

He oído amenudo desde mi cuarto, niños de obreros cuyas madres se habian visto forzadas á dejarlos solos durante una ó dos horas, gritar desesperados en su cuna y las palabras que enunciaban cuando tenían nueve, diez ú once meses, sus llamamientos desgarradores á *mamá*, indican la naturaleza de las imágenes y de los sentimientos que atravesaban su inteligencia y desolaban su corazón algunos meses antes cuando hallándose en el mismo aislamiento no tenían el poder de expresar sus amarguras y sus cóleras. Si el niño ejercita su imaginación en la vigilia, todo hace creer que la ejercita menos que durante el sueño. Es este, según mi creencia el estado mas favorable al trabajo intelectual de los niños, trabajo frecuente, pacífico y cuya importancia está casi siempre en razón inversa del reposo aparente de los órganos exteriores. Es entonces cuando esas sensaciones alucinadoras, sin objeto presente determinado, esas reminiscencias intensas, esas asociaciones innumerables, esos relámpagos de abstracción y de generalización, esas aproximaciones respecto á la comparación, esos juicios y esos razonamientos sobre formas objetivas, reviven, bajo el ojo mas ó ménos abierto de la conciencia en las fibras cargadas de impresiones recientes del cerebro, donde la sangre afluye por intervalos aproximados y despierta á cada instante la vida mal atacada por la parálisis del sueño.

Estudiemos el pasaje de la imaginación reproductiva á la imaginación productiva llamada también poética ó creadora. Desde que las ideas no se representan mas en el orden en que la inteligencia las ha percibido, desde que hay un cambio, consista éste en un sólo eslabon suprimido en una serie de imágenes asociadas, puede decirse que se efectúa una composición mental artificial, una concepción de lo real modificado, un producto espontáneo de la imaginación productiva. Estas libres combinaciones de imágenes, se construyen por sí mismas en la mente del niño como en el adulto á quien visitan amenudo tantas inspiraciones inesperadas? El joven Tiedemann, á la edad de



cinco meses, *adivina*, dice su padre, la salida al aire libre que le causa tan gran placer. Su biógrafo no ve en esto sinó una asociacion de ideas, pero hay algo mas que esto: se halla mezclado un juicio que supone la palabra *adivina*, ó al ménos una concepcion muy viva de algunos de los recuerdos adheridos á la idea de esta salida, que forma en la mente del niño una séria de cuadros agradables. Admitamos que en estado de vigilia, esta concepcion permanezca algun tiempo, lo que es probable, en exacta relacion con la realidad percibida.

Es cierto que, durante el sueño, la movilidad caprichosa de las ideas introducirá en esas imágenes algunas realidades, circunstancias, detalles y disposicion fantástica. Ciertos detalles se agregarán, otros desaparecerán; los lugares, los tiempos, los objetos, se transformarán de mil maneras distintas é imprevistas. Las impresiones de la realidad se harán para el niño dormido una realidad ficticia.

[Continuará].

---

### Nuestras hijas é hijos

ESCENAS Y ESTUDIOS DE FAMILIA, POR MR. ERNESTO LEGOUVE (1)

No tenemos que hacer, y el sub-título del libro lo advierte, un tratado didáctico de educacion. Cada uno vacia sus ideas en el molde que le es propio.

Mr. Legouvé, cuyo vuelo de espíritu es por excelencia dramático, dá animacion y vida á las suyas encarnándolas en sus personajes. Es la pedagogía en accion que hace destacar ante nuestra vista. Estamos tambien lejos como Mr. Legouvé del pequeño mundo escolar, léjos de los predios estrechos, de los árboles deshojados de la escuela. Nos transporta al mar, á las playas de la Bretaña, ó á campiñas de rientes villas, á un mundo escojido de madres sensatas, de madres previsoras y sábias, de padres que valen tanto como madres por su decidida ternura, de amigos que se tornan en auxiliares de los padres en la tarea laboriosa de la educacion. Pero por distintas que sean las escuelas y la familia, la educacion escolar puede prestar útiles auxilios á la educacion doméstica. Es lo que nos proponemos demostrar.

El recurso de los estudios domésticos, ó la regla que se imponen á la escuela por las circunstancias de ser la regla, es en general indecisa; el gran recurso está en lo que puede llamarse *medios indirectos*. Mr. Legouvé nos dá algunos ejemplos en divertidas historias «Las dos madres diplomáticas» «El arte de ser abuela», «La ventaja de tener una hija que no quiere aprender la ortografía». Seguramente, no se puede en la escuela, cuando los alumnos se resisten á la

(1) Hetzel, editor.



lectura del inglés ó al ejercicio de la ortografía, sacar partido como la abuela del pequeño José de un hombre bueno, ó como Madame Dubreuil de los jóvenes ingleses de la playa de Pouliguen, ó como Bouilly de su génio para improvisar cuentos que son para el alumno á la vez que un estímulo, una recompensa. Pero el maestro no está impedido de emplear medios análogos.

Hé aquí algunos que he visto aplicar para la enseñanza del idioma inglés: en una casa se sacaba provecho de la lectura de periódicos en inglés; en otra, el profesor distribuía entre los alumnos los diferentes roles de la Escuela de beneficencia, que más tarde eran explicados en la clase; en otra parte se hacía leer á los discípulos pequeños poemas ó cuentos, recompensando á aquellos que escribían las palabras francesas en las entrelineas. Se dirá que los medios indirectos no son otra cosa más que expedientes; pero debe convenirse que ellos responden á la naturaleza del niño, que se fatiga muy pronto de la continuacion de los mismos ejercicios y se entusiasma de lo que ofrece novedad. El maestro más perseverante, si es hábil, sentirá la necesidad de tiempo en tiempo, de distraer el espíritu de los alumnos y de tener su imaginación despierta. Esa es una de las pequeñas partes integrantes del arte de enseñar. Una dosis de charlatanismo, si se nos permite la expresión, es pues necesaria al profesor. Es por lo que no debe fiarse mucho en los medios indirectos, ni tampoco en las lecciones que las madres, sin alcanzarlo, dan á los maestros.

Es sobre todo bajo el punto de vista de la educación que el libro de Mr. Legouvé debe ser leído y considerado por nuestros institutores.

Por sus condiciones necesariamente diferentes de las de la familia, la vida en comun que conduce á sacrificios de delicadeza, las trabas de las reglas que no pueden amoldar á todos los temperamentos, las relaciones de los alumnos entre sí, donde no reina el respeto de la libertad, la escuela tiene un gran poder para la educación ya en el sentido del bien ó del mal. Los caracteres se forman y se deforman también. El institutor no tiene pues, necesidad de emplear procedimientos para obrar tanto sobre los caracteres como sobre los espíritus.

Uno de los más ingeniosos y prácticos es el que Mr. Legouvé llama la pesadilla moral. De la manera que se transporta el germen desplantado de un rosal, á un predio desolado y salvaje, se puede también llevar el germen de una cualidad débil á un carácter vivaz. Esto es más fácil decirlo que hacerlo, lo comprendo bien. Es preciso primeramente que exista en el niño esa cualidad de vivacidad, y cuántas naturalezas existen indecisas, flotantes, y que no ofrecen material alguno á ese respecto. Es necesario siempre tratar de descubrirla á pesar de la táctica que el alumno emplee para ocultarla.

Los fragmentos intitulados « La política », « La probidad en la infancia », provocan muchas reflexiones. Esas dos delicadas virtudes, que florecen felizmente entre las buenas familias, no encuentran, forzoso es confesarlo, un terreno favorable en las mejores escuelas. La negligencia de las costumbres escolares está en oposición con la verdadera política, que consiste propiamente en aceptar un hábito, una regla, como si tal hecho fuera para nosotros la cosa más agradable. Sería necesario, para que ella pudiera incorporarse al régimen de la escuela, y asegurar su estabilidad en ella, un conjunto de condiciones que no es permitido esperar que puedan en ella existir. El



discipulo en general no tiene probidad en el sentido lato de la palabra, ni tampoco en su sentido restringido. En las escuelas, como en cualquier otra parte de la sociedad, por una especie de conspiracion de instintos, la moral se asfixia por decirlo asi, y se desnaturaliza, para amoldarse al egoismo individual que, segun el sofisma eterno, disimula por la atenuacion de las palabras el verdadero carácter de los hechos. La razon principal está quizás en que el alumno no vé, valiéndome de una bella expresion de Madame Guizot, que «la ley que se promulga es la libertad», que al entrar el discipulo á la escuela acepta por ese mismo hecho la imposicion del cumplimiento de esa ley y que tiene en presencia de esa ley particular los mismos deberes que le imponen las leyes generales.

Léjos de eso, él se considera ó finge considerarse como un oprimido, y se permite emplear la supercheria, valerse de la mentira y la trampa, para satisfacer las exigencias de su fantasia en perjuicio ó menoscabo de los deberes que las reglas le imponen, pero siempre sin malicia y con el propósito deliberado de destruirlas.

El desprecio de la regla, el placer de violarla parecen no existir, con el mismo grado de intensidad en los pequeños ingleses; asi la disciplina en sus escuelas puede limitarse á ser represiva, miéntras que en las de Francia es sobre todo preventiva.

A pesar de todo, desarrollar el sentido, el respeto, la práctica de la probidad, es el principal objeto que debe preocupar la atencion del institutor, puesto que á la práctica de la probidad está reducida toda la educacion de la escuela. Me parece que no sería imposible en casas en las que un efectivo muy considerable no malograrse los esfuerzos, llegar bajo ese punto de vista á felices resultados.

Todos los niños de que nos habla Mr. Legouvé, son gènerosos y bien intencionados.

Resulta que Mr. Legouvé es optimista en educacion. Su optimismo sería igual si tuviera bajo su direccion muchos discipulos, si se encontrase en presencia de naturalezas ásperas, pobres, estériles, ó irremediabilmente viciosas? Sin duda, su confianza sería ménos ámplia. Pero, de cualquier faz que se considere el asunto, Mr. Legouvé tiene razon. Es menester que el institutor sea optimista, que tenga siempre esperanza, que crea contra la evidencia en la fecundidad de la educacion, que confie en el porvenir para desarrollar en las inteligencias y en los corazones los buenos gèrmenes que habrá inútilmente sembrado en apariencia; sin lo cual no podrá tener ni la fuerza ni el coraje necesario: sería muy desgraciado.

Mr. Legouvé observa con justicia que en el mundo los jóveves educados por sus madres tienen un sello distintivo que les distingue de los demás. Los niños de las escuelas primarias dan lugar á la misma observacion. Los que son educados por sus madres, viudas ó no, sobresalen sobre el comun de los demás; son más dulces, amables y gènerosos, llenos de distincion. Este último punto deberia ser considerado con detencion.

No es raro encontrar en el pueblo un completo desprendimiento por la educacion de sus hijos, pues al se extiende á todas las gradas de la sociedad, lo que constituye la gloria de la especie humana; pero a menudo falta eso que se llama distincion. Cuando se encuentra, puede uno estar seguro que ella proviene de la madre, que es la que ha tenido el secreto de revestir como de un encanto los detalles y los hábitos de la vida más simple. Es de su propia naturaleza, de sus instintos innatos que la mujer tiene ese don? Esos instintos, por más propios



que sean á su naturaleza, no se extraviaran cuando no han sido desarrollados por influencias saludables? Esas influencias qué son? La razon basta para desarrollarlas?

Este punto solo de la distincion bastaria para ajitar la cuestion de la educacion de los hijos del pueblo.

No hemos bosquejado todo el libro de Mr. Legouvé.

Nos hemos propuesto solamente demostrar el provecho que los institutores pueden sacar de él. En el público escolar, se oye decir amenudo del autor de *Los padres y de los hijos en el siglo XIX*, que es muy metódico en sus obras, en otros términos, que el arte ocupa en ellas un gran lugar. Las cuestiones son forzadas, los personajes falsos? La cuestion está ahí. Se requieren situaciones y personajes para poner en escena algunos caracteres. La vida real, aún bajo ese punto de vista de la educación, presenta á cada momento detalles que parecerían la combinacion del arte más ingenioso. Otros encuentran que existen muchos atractivos en el procedimiento de Mr. Legouvé.

Eso depende de los gustos, no del gusto, puesto que el plan de Mr. Legouvé, si es complejo, por decirlo así, mezcla en una hábil proporcion esas cualidades diversas. Para mi, soy de aquellos que aman ese talento lleno de razon, de sentimiento y de espíritu, pero cuyo fondo es la razon. No hago en esto más que pensar como el gran público.

MARGUERIN.

---

### **El Padre Girard y la enseñanza de la lengua materna**

MEMORIA PREMIADA EN EL CONCURSO DE LA CAJA DE LAS ESCUELAS DEL SÉPTIMO DISTRITO

A fines del siglo XVIII, la pedagogia no era todavía más que un arte sin principios, un campo inculto en el que se caminaba al azar. Algunos filósofos, tales como Montaigne, Rousseau, los solitarios de Port-Royal, habían sin embargo demostrado que existe otro medio de instruir al niño sin ser « el darle sin criterio alguno un cúmulo de conocimientos ». « El cuidado de nuestros padres, decia Montaigne, consiste en llenar nuestro cerebro de ciencia, de juicio y de virtud. No tratamos más que de llenar la memoria y dejamos la conciencia y el entendimiento vacios ».

« La aparente facilidad de aprender, decia Rousseau, es la causa de la perdicion de los niños. No se vé que esa facilidad misma es causa de que no aprendan nada.... El niño comprende las palabras, las ideas se maduran por la reflexion: aquellos que las oyen las entienden, solo el niño no las comprende ». Pero Montaigne no era comprendido, Rousseau era perseguido, las ideas de reforma no encontraban eco, y la rutina se hacia tranquilamente dueña del terreno en



el que reinaba desde algunos años. Eran los tiempos de la pedagogía *conquistadora*. Se hacía consistir la tarea del educador en enseñar el mayor número de cosas en el ménos tiempo posible; se amaba almacenar la memoria de un fárrago de conocimientos y hacer del niño una especie de enciclopedia viva. Basedow, fundador del célebre *Pilantropin*, citaba con orgullo, como el más bello fruto de su método, á su pequeña hija, á la que había enseñado á hablar en dos años, á leer el frances en tres y á comprender el latin y la geometría en cuatro y medio. No se había preguntado quizás si esa niña tenía un corazon, ó más bien habiéndola familiarizado con la vista de animales vários, de los que no tenía temor alguno, como tampoco de las brujas y del diablo, pensaba haber desarrollado en ella las más altas cualidades que el órgano del corazon tiene el don de adquirir. Los *realistas*, en otro orden de ideas distinto, llevaban á sus establecimientos materiales tras materiales y sujetaban á sus discípulos á un estudio de once horas por dia, para iniciarlos en veinte profesiones diversas. Era obligatorio salir de la escuela á la vez, gramático, piloto, agricultor, comerciante, manufacturero, geómetra y herrero. Era siempre el mismo conjunto de conocimientos dados en problema á la inteligencia ó la memoria. No se elevaba moralmente al niño, se le aniquilaba.

Pocos ó ningunos métodos. Jacotot, no había aún formulado su famoso principio: *todo está en el todo*. Bell estaba en la India donde hacía el primer ensayo de la enseñanza mútua.

Lancastre aún no era más que un niño. Solo los filósofos de Port-Royal habían tratado de simplificar los estudios por el perfeccionamiento de los métodos de enseñanza. Se sorprende uno al saber que el nuevo método de deletreo que está fundado sobre el verdadero valor fonético de las consonantes *be, ce, de, fe*, en vez de *bé, cé, dé, effe*, ha sido inventado en sus *pequeñas escuelas* hace más de doscientos años. Pero los métodos renovadores de Lancelot, la gramática general razonada, inspirada por Arnault, habían caído en desuso, ó habían sido desnaturalizados por los plagiarios ó habían sido aplicados con molicie por los pocos maestros á quienes su instinto guiaba á esas obras, conceptuadas las mejores que el espíritu metódico hubiese producido hasta ese entónces.

Así la pedagogía consistía enteramente en la cultura superficial y mecánica de las facultades del niño. Saber mucho, aprender como se pudiera, enseñar como se quería, eran poco más ó ménos los principios en los que se apoyaba el educador en la tarea que le estaba impuesta. Nada admira pues, que la encontrase ingrata. Máquina de demostracion, no buscando en el niño más que la vivacidad de inteligencia y el don de retener con prontitud, debía él encontrar en esa senda bastantes escollos que atenuasen el ardor de su voluntad y de su fé. Fué entónces que se presentaron hombres que se dijeron: Todo sistema de educacion, para ser verdaderamente fructuoso, debe apoyarse en la naturaleza del niño; es decir, de lo que distingue á éste del animal, su *corazon, su espíritu, su talento*. Procedamos á su educacion siguiendo la marcha lenta y progresiva empleada por la naturaleza en el desarrollo de sus facultades; seamos nosotros mismos los auxiliares de la naturaleza; ejercitemos las facultades del niño por medio de los objetos que le rodean y tomemos por base de todo ejercicio el objeto más simple, el más al alcance de su inteligencia. De la misma manera que en el desarrollo de la planta ó del animal el punto de partida es el gérmen imperceptible al que se agregan



poco á poco elementos que se consolidan y se apoyan los unos á los otros, así también debe amoldarse la inteligencia del niño, y ser conducido en su desarrollo paso á paso, de lo conocido á lo desconocido, sin esfuerzo, por la sola intuición de las cosas, hasta que tenga fuerzas suficientes para encararse con los principios y las reglas que se establecen ántes de deducirse las aplicaciones y las consecuencias.

Cultivemos del mismo modo el corazón de los niños; que todos nuestros ejercicios concurren á inculcarle gradualmente las justas nociones del bien; aprendamos á hacerle amar el estudio rodeado de afección y bienestar; démosles buenos ejemplos, amémosles para que aprender á amar, seamos para ellos padres de familia y no tiranos implacables. ¿Cuál será la inteligencia que permanecerá rebelde, el corazón que permanezca frío al impulso de semejante sistema?

No será ese el medio más seguro de llegar á la regeneración moral del hombre y á la nivelación de los espíritus, objeto de tantas teorías diversas, tan inaplicables unas como otras?

Así pensaron los Pestalozzi y los Girard, los Fellemborg, los Naville. Al primero de estos hombres corresponde el honor de haber preparado el camino; al segundo, el de haber determinado el método más propio para llegar á ese fin. Pestalozzi es el *pionier* infatigable que dirige sus pasos á una tierra desconocida; el Padre Girard es el misionero paciente que termina la obra y traza los modelos que deben seguirse. Fellemborg, Noville, Juliano, Miguel, se amparan de las nuevas ideas pedagógicas y auxilian en su propagación. Miguel y Ropet secundan al Padre Girard en la publicación de sus obras y en particular en la introducción del curso educativo que intituló: «*La enseñanza regular de la lengua materna.*» Es este último libro uno de los monumentos más notables de la pedagogía y que vamos á tratar de analizar.

## II

«*Las palabras para los pensamientos, los pensamientos para el corazón y la vida.*»

Tal es el epígrafe que el Padre Girard ha puesto al frente de su obra, y él resume admirablemente su espíritu. En primer lugar considera á la madre de familia como la primera maestra del idioma, y la presenta bajo esa faz obrando como impulsada por una especie de instinto superior que él llama la maternidad.

No solamente es ella la maestra más abnegada y perseverante, sino también la más ingeniosa.

Jamás ha oído hablar de los conocimientos intuitivos de la enseñanza por el aspecto, de la gimnástica de los sentidos ó el espíritu de todas las cosas acerca de las cuales los educadores no cesan de llamar la atención de los maestros, y sin embargo esas lecciones tienen un sello que recuerda todo lo que se ha dicho en ese género de más sensato y de perfecto. Es que ella misma es el modelo completo de las teorías emitidas en estos últimos tiempos: la educación maternal es el fundamento de la pedagogía moderna.

La tarea de la madre no tiene durante largo tiempo sino cuidados puramente físicos; su hijo es mudo, ó más bien posee la voz y el instinto del animal pequeño que anuncia por un gesto siempre igual la necesidad ó el sufrimiento que experimenta. ¿Cómo procede ella para darle palabra y enseñarle el idioma que habla? Ella empieza por las palabras más simples, que pronuncia amenudo, al mismo tiem-



po que le muestra los objetos sensibles. Esos son los dos seres á los cuales el niño debe la existencia: la madre muestra á su esposo, repitiendo: papá; en seguida ella se nombra: mamá; y el niño concluye por repetir por sí mismo esas palabras cuyo sentido ha comprendido; y los primeros seres á quienes saluda con el idioma son precisamente aquellos á los que está obligado por los vínculos del amor y de la gratitud. Amenudo la naturaleza toma sus lecciones de los hechos más pequeños.

La madre obra del mismo modo respecto á todos los objetos que rodean al niño. Es así que les hace pronunciar los nombres de las diferentes partes del rostro y del cuerpo, de sus vestidos, de sus juguetes, de su lecho. Amenudo se vé obligada á abreviarlos y desnaturalizarlos completamente para disminuir su dificultad. Pero dejemos hablar al Padre Girard. «El niño imita primeramente bastante mal, despues un poco mejor, y concluye, en fin, muy satisfecho de sí mismo, por alcanzar el sonido que tanto ha perseguido. Durante ese ejercicio del órgano, ha aprendido á comprender las palabras que más ámenudo oye, y ha llegado hasta distinguir el sentido de algunas combinaciones del lenguaje. La curiosidad lo ha llevado á adivinar lo que las palabras no le han dicho, y para eso los gestos, los acentos de la voz, el juego de la fisonomía y la mirada le han servido de intérpretes; él mismo empieza á ligar algunas palabras que hacen vislumbrar su pensamiento sin expresarlo.

No empleará primeramente el verbo sino en su forma bruta, en el modo infinitivo, y empezará por decir; mamá, pasear; mamá, beber. El pronombre aparece en sus primeros ensayos, y en vez de decir *yo*, se nombrará por su nombre. Sin embargo ¡insensiblemente, ese lenguaje infantil se desarrolla y se perfecciona por imitación, como todo lo demás, y á menudo, á la edad de cinco años, ese pequeño sér imitador conversa con su madre y otras personas: piensa y habla.» Que encantador cuadro de las primeras etapas de la infancia! No parecería oír hablar á la madre más sabia y abnegada!

Estando esclarecido este primer punto y habiendo hecho ver el padre Girard como la madre procede, de instinto, en la enseñanza intuitiva de las palabras del idioma, la presenta bajo otra faz no ménos edificante y real: la de institutriz. Sin duda no es una institutriz como las demás, las reglas de la gramática le son indiferentes, y jamás se preocupará de hablar á su hijo de adverbios ó de adjetivos, pero lejos de limitarse á enseñarle á pronunciar palabras y formular frases, ella tiene cuidado de precisarle su sentido, de descubrirle el uso de los objetos que le hieren, de hacerle reflexionar respecto á lo que ella le enseña: *las palabras por los pensamientos*.

En esto, preciso es decirlo, la mujer es admirablemente auxiliada por la curiosidad natural del niño. Apenas ha enunciado la cuestion: *¿Qué es esto? ¿Qué es aquello?* cuando ya el niño la propone en todas sus circunstancias y la reitera hasta llegar á satisfacer su deseo de tener conocimiento de ella. Nada más conmovedor que la conversacion de una madre con su hijo.

En esa conversacion íntima, exenta de contrariedad y vanidad, no se sabe que admirar más, si la paciencia de la madre ó la ciencia investigadora del niño. Sócrates no había soñado explotar en su discípulo el campo fecundo de la curiosidad, de otra manera en vez de hacer consistir su método en interrogar, se haría interrogar el mismo.

El tercer y último fin que se propone la madre, es la educacion moral de su hijo. No basta darle el alimento del espíritu, es preciso vivificarle el corazón.



Es preciso enseñar al niño á amar, á reconocer los beneficios que recibe; á que distinga desde temprano el bien del mal, para no confundir las buenas acciones con las malas.

Es necesario que esté principalmente instruido en el hábito de hacer las buenas y huir de las malas: *los pensamientos por el corazon y la vida.*

---

## V A R I E D A D E S

---

### Carta á 24

Muy Señor mio 24:

Muchas gracias, veinticuatro millones de gracias por sus elogios hacia mi humilde personalidad.

Un amigo me dijo:

« No te fies; esos elogios son tan inconsiderados como las censuras que 24 hizo á todo el profesorado: ni tú eres acreedor á los elogios, ni el profesorado merece las censuras ».

Quedé meditando sobre las palabras de mi amigo, y le respondí:

« Puede que tengas razon en lo de inconsiderado; desde luego te afirmo que te sobra en lo de inmerecidos; pero yo no estoy autorizado para romper las reglas de la urbanidad. Puedo suponer al hombre equivocado, pero no me asiste ningun derecho para dudar de su sinceridad. » Y, hecha esta aclaracion, que estimo necesaria, paso adelante.

Desde que tuve la honra de leer sus criticas respecto al personal enseñante, á las conferencias etc., etc., me pareció que solia Vd. distraer mucha parte de su tiempo en insignificancias. Su última carta de *El Maestro*, y primera que me hace la honra de dirigirme, confirman por completo mi suposicion: ya le diré por qué.

Cuando escribía mi primera carta tenía fija en mi mente la idea de esa propension de Vd.; y llegué á profetizar, que si Vd. contestaba habia de malgastar unas cuartillas en ocuparse de mi estilo y de la ortografia y de la gramática y de todas esas zarandajas ajenas al asunto en cuestion. Me lo figuraba á Vd. rodeado de alambiques destilando encarnizadamente hasta la tinta con que escribí la carta. Milagro que no saltó Vd. con que estaba mal impresa; pero á bien que entónces, tendria Vd. que habérselas con el señor Gerente de *El Maestro*, que consideraria como un *casus-belli* ese ataque inusitado á las fronteras de la publicacion que gobierna. Para mí, tengo que solo esta consideracion lo ha detenido á Vd.; es decir, la perspectiva de un nuevo San Quintin.



Por lo demas, Señor 24, yo le aseguro á Vd. que pierde lastimosamente su tiempo echándose á caza de faltas en mis escritos. No suelo detenerme mucho en dar forma bonita á lo que voy á decir. Es defecto viejo; pero lo peor es que no pienso corregirme: vea si seré ingrato con Vd. que quiere enseñarme.

Asi como los pensamientos fluyen á los puntos de la pluma—qué disparate, dirá Vd.—asi los encajo, pegue ó no pegue. No me curo mucho de melindres, y me voy al bulto: el caso es que me entienden, incluso Vd. que pide notas aclaratorias.

Que no me curo de este mal, á pesar de todas las críticas del mundo, se lo puede probar á Vd. el haber confesado en mi primera carta que « bastantes jirones había de encontrar en mis trabajos habidos ó escritos para zarandearlos á su gusto ».

Muéveme ademas á preocuparme muy poco de tales menudencias, el considerar que cuando escribo en *El Maestro*, en el concepto que ahora lo hago, no llevo por objeto enseñar á nadie. La forma es, pues, muy secundaria; por cuya razon no la busco aliñada y correcta. Lo que pretendo es acabar pronto.

Le diré mas: si Vd., tan celoso inquisidor de faltas se muestra en una carta familiar, arroje inmediatamente á la hoguera las obras de Varela, Sarmiento y otras eminencias. Dígame ahora si no será para mí un consuelo, y no de tonto, ver que, si lo censurado por Vd. es joroba, hay, hubo y habrá en el mundo tanto jorobado. Si mi personalidad al lado de aquellas es un grano de anís, mi joroba será un átomo en el mundo.

A pesar de todo, tendré en cuenta sus observaciones, aunque esperando la oportunidad para aplicarlas: hoy no pegan.

Pero no por que yo considere que pierde Vd. su tiempo dedicando la primera parte de su carta á tratar de cosas baladies, haré caso omiso de todas ellas.

Hay una, aquella en que Vd. me recuerda el régimen, digna de tomarse en cuenta. La cópio:

*«Pues calme sus bélicos ardores para causas mas justas.»*

Esto escribi, y esto me critica Vd. Pues atienda Vd. un momento.

Otro cualquiera saldria prontamente del paso echando la culpa á los cajistas, cosa facilisima porque ni ellos iban á protestar, ni aunque lo hicieran tendrían mucho en que apoyarse: yo mismo rompí los orijinales.

Este recurso tan recibido, aunque tan socorrido, no será la tabla á que yo apele en este naufragio; léjos de eso. Otro tengo mejor, mucho mejor, que Vd. no pondrá en duda.

Sabe Vd. cuál es? Pues ni más ni ménos que confesarme reo de ese delito: ¿A que andar con rodeos?

Yo, y solo yo soy responsable de esa falta.

Asómbrese Vd. Es todavia mas grave de lo que Vd. se figura. No me bastó escribirlo, leer de nuevo lo escrito, y corregir las pruebas de la imprenta para notar la garrafalada: fué menester que Vd. la señalara con el dedo mas grande de la mano para que yo la viesse.

Ya vé Vd., que hago cuanto puedo, por agravar el delito, que es un verdadero delito. Pero dígame, Señor 24, ¿habrá nadie en el mundo tan cándido que crea eso una falta de régimen?

Eso será una falta de cualquier cosa; será resultado de tener la cabeza á pájaros ó de escribir á la carrera, comiendo la pluma palabras que le dicta el pensamiento.

Eso se llama: claros que deja secos en el suelo el agua de las cascadas cuando salta y se precipita por llegar mas pronto.



Un niño de la escuela hubiera leído ese párrafo de esta manera: «Pues calme sus bélicos ardores Y GUÁRDELOS para causas mas justas».

En la Escuela que dirijo tenemos un libro con borrones y rayas á intervalos, que dificultan la lectura. Hay palabras enteras suprimidas, y el alumno tiene que suplir las faltas con el buen sentido, deduciendo lógicamente del contexto, lo que dice, ó cuando ménos, lo que debe decir allí donde hay una laguna.

Suele suceder, y esto muy á menudo, que se encuentran disparates de grueso calibre en un libro cualquiera; y es achaque de los niños cargar en cuenta al autor faltas de correccion ú otras, de que humanamente no puede ser responsable.

Yo estoy siempre al reparo, y procuro desvanecer esos juicios temerarios, para que el alumno se acostumbre á ser muy cauto, y mirando las cosas con ojos desapasionados, dé á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Vd. por lo visto no profesa esta doctrina, y se pone un microscópio ante los ojos para analizar los rasguños que uno tiene en la epidermis.

A otra cosa.

Se me viene Vd. con el Diccionario de la Academia, abierto por la palabra NECEDAD, para probarme que lo eran ó lo son mis palabras.

Espeta Vd. la definicion y deduce lo que desea.

Ahora, Sr. 24, le diré: vamos á dejar eso, porque la Academia es la Academia y nosotros somos nosotros; y el público entiende la palabra *necedad* de una manera distinta que la Academia, y al público me atengo, que para él escribí, nó para la Academia; y de aquel me preocupo y de esta me importa un rábano en el presente caso. ¿Entendió la oracion? Pues adelante.

Critica Vd. tambien mi frase..... «Si yo tuviera la pretension de ser muy mal maestro.....»

Afirma Vd. que no debia hacer ese juicio de mi mismo. Pero, santo de Dios, ¿no vé Vd. ahí la palabra MUY? ¿No vé Vd. que el *muy mal maestro* no se refiere á los conocimientos y aptitudes, sinó al cumplimiento del deber? ¿Y cree Vd. que yo no soy capaz de gritar en medio de la calle que lleno en cuanto de mí depende, todos mis deberes disciplinarios?

Pues no faltaba otra cosa. Y concediéndole á cualquiera la escasez de mis aptitudes, que nadie deplora más que yo, ¿se imagina Vd. que considero esto un obstáculo que haga variar mi línea de conducta como *maestro*? No.

Descarte una cosa de la otra y verá como aquella «*necedad*» no es necedad.

A un reproche mio, á una opinion, si Vd. quiere, de que debia Vd. tratar con más respeto al personal enseñante, etc..... contesta Vd., que siendo ese personal pagado por el pueblo todo ciudadano tiene derecho á fiscalizar sus actos.

Muy bien dicho, aunque lo de pagado tiene su intrínquis; pero yo no he negado ese derecho: libreme Dios de tal desatino. Tanto no lo negué que hice uso de la palabra *deber* y no de la palabra *derecho*.

Vd. sabe que deber y derecho son casi, casi opuestos. Conste que no cuestioné el derecho, indiqué solo el debe. A mayor abundamiento, y para salir al paso á cualquiera objecion, manifesté poco más ó ménos esto mismo, antes de tener conocimiento de esa observa-



cion de Vd. No solo reconozco el derecho de los ciudadanos á ocuparse de los actos del personal enseñante, sinó que creo una gran desgracia que así no se haga. Entonces algo más valdría nuestro sa- yo; y cuando todos se interesaran por las escuelas, y supieran lo que son escuelas, andarían derechas muchas cosas que andan con las patas para arriba.

Debo asegurarle á Vd. que el principal objeto de mis cartas está logrado.

Está probado plenamente, como yo me lo sospechaba, que no es Vd. enemigo del profesorado: Vd. lo confiesa.

Está desvanecida la duda, que algunos abrigaban, de si ciertas palabras de Vd. podían ser dichas con ánimo de ofender la honorabilidad de los maestros. Vd. también dice que no, y yo lo creo firmemente. De manera que Vd. quedó en el lugar que le corresponde, es decir, según sus manifestaciones, en el de una persona que busca el bien de la enseñanza; aunque yo siga creyendo que, con la mejor buena fé sí, pero con el peor acierto, anduvo Vd. algo duro en sus apreciaciones, ó al ménos en la manera de manifestarlas.

Y este es el resultado, por ahora, de mis barrabasadas gramaticales y oratorias.

Vea Vd. como también los disparates son tema fecundo para una lección sobre *objetos*.

Por lo demás no me despidió de Vd. por completo.

Espero que aún me ha de dar otras desazones, porque yo insistiré probablemente en mis trece, y Vd. en sus veinte y cuatro para sacarme de ellas.

Veremos quien puede más.

Le advierto, ya se me olvidaba, que no le guarda rencor alguno.

S. S.

FRANCISCO VAZQUEZ CORES.

---

## SECCION NOTICIOSA

---

### Holanda

Una sociedad fundada para el progreso de la instrucción primaria en Holanda ha resuelto introducir en los programas de las Escuelas la enseñanza de *trabajos manuales* como se prodigan en Suecia y Dinamarca.

La Escuela, hasta lo presente, ocupa solo el espíritu de los niños: ahora también ocupará sus manos. Las obritas que el maestro po-



drá enseñarles á hacer, distrayéndolos de las tareas puramente intelectuales, les harán adquirir una agilidad que más tarde les será de gran utilidad, ya sea para el aprendizaje de un oficio, bien para llenar otras condiciones sociales.

Con objeto de facilitar la introduccion de esta enseñanza que ella juzga eminentemente útil, la Sociedad ha decidido hacer dar en Rotterdam un curso que durará cuatro semanas y que podrán seguir los Preceptorer que deseen aprender el método de enseñanza de los trabajos manuales.

---

### Japon

La estadística escolar de esta nacion demuestra que posee en la actualidad 24,125 Escuelas con 44,501 Maestros y 1.925,206 alumnos.

La primer escuela normal abierta en Tokio en 1877 ha sido aumentada desde entonces hasta hoy con 89 más.

En 96 Escuelas públicas se habla inglés, en 4 francés y en 2 alemán; lo que constituye un aumento de 15 escuelas inglesas y una disminucion de 5 francesas y 5 alemanas.

Todos estos datos demuestran cuál de los idiomas europeos está destinado á imperar en aquel lejano imperio.

---

## ADVERTENCIA

---

Se suplica á todos los señores suscritores que noten alguna irregularidad en el recibo del periódico, lo hagan presente á esta administracion por medio de una targeta postal, para en el acto tratar de remediar la falta.

EL GERENTE.